

MEDIO AMAZONAS - Manaus

Grandes y resistentes, las urnas funerarias constituyen uno de los conjuntos de objetos más destacables de la región de Manaus. Durante siglos, la tierra en la que se hallaban enterrados preservó tanto su contenido –osamentas de antepasados– como los diseños que las cubrían. Su excelente estado de conservación ha hecho de las urnas funerarias de Manaus una destacadísima fuente de información para el estudio de las culturas amazónicas. Su uso, formas y decorados parecen hablar de una sociedad espiritual, inmersa en un mundo dinámico, en constante proceso de transición; un mundo en el que los seres humanos comparten su hábitat con fuerzas naturales ora visibles, ora invisibles, y en el que el arte se antoja un medio –imperfecto– de permanecer en la Tierra.



Fig. 2. Urna antropomorfa guarita.

Esta idea de comunión entre cultura y naturaleza viene ilustrada en la urna guarita (fig. 2), enterrada hace aproximadamente mil años. La pieza consta de varias partes: en una, se aprecia un rostro humano y un cuerpo, con sus piernas y brazos; una iconografía en total armonía con el contenido del objeto: unas osamentas humanas. La parte superior de la urna presenta, en cambio, un pájaro de pico largo, probablemente un calao. Hombre y naturaleza conviven pues en un mismo soporte artístico.



Fig. 3. Pequeño amuleto de piedra pulida.

La misma imagen de complicidad entre naturaleza y cultura se encuentra, a su vez, en pequeños objetos tallados en piedra (fig. 3) de enigmática procedencia, pues se desconoce en gran medida su contexto estratigráfico. En ellos, aparece a menudo la figura de un jaguar –depredador más temible de la fauna

americana, asociado en numerosas culturas americanas con las fuerzas de la noche—agarrando un hombre de expresión infeliz. Algunas piezas poseen, en la parte posterior, un pequeño vaso para conservar polvo alucinógeno. La ingesta de alucinógenos se daba con frecuencia en el contexto amazónico, pues era concebida como el vehículo para penetrar en un mundo sagrado, que transcurría paralelo al de los hombres. Gracias a dichas sustancias, los chamanes emprendían su vuelo fuera de su cuerpo; un viaje que habría de permitirles franquear las fronteras entre lo humano y lo sobrenatural, para adquirir los poderes que impregnan el mundo natural.

Santarem

La ciudad portuaria conocida hoy como Santarem se encuentra al sur de Manaus, en una región muy húmeda en la que confluyen el río Amazonas y las aguas claras del río Tapajós . Dicha ciudad posee un interesante parque arqueológico, en el que se halla una reproducción de una vasija de casi seis metros de altura, símbolo del orgullo de sus habitantes por los vestigios de su pasado.

El arte de Santarem posee un estilo exuberante muy característico, que dista considerablemente del recién mencionado estilo de Guarita y de los que se desarrollaron, río abajo en Marajó. Los motivos decorativos toman sus formas de la naturaleza, para figurar lagartos, sapos, serpientes, monos, pericos y caimanes —mayores



Fig. 4. Recipiente con cariátide.

depredadores del mundo acuático, como lo son los jaguares en el ámbito terrestre— (fig. 4). En ocasiones, se aprecia en las creaciones de Santarem una iconografía enigmática: animales de la selva tropical aparecen figurados en un registro superior, mientras que los hombres se encuentran en posición sumisa en un registro inferior, sugiriendo una inversión del orden cósmico.

El misterio que envuelve dichas obras no sólo atañe su significado simbólico, sino que también se cierne sobre la función que les atribuyeron sus creadores. Ante la ausencia de fuentes escritas que pudieran ofrecer claves determinantes para su interpretación, los arqueólogos han buscado pistas en la antropología, entrevistando a los indígenas sobre sus costumbres. En numerosos casos, los testimonios de las personas que habitan, hoy

día, las regiones amazónicas se refieren a un mundo inmerso en un proceso de transformación constante; un mundo en el que no existe una división conceptual entre lo natural y lo humano.

Como no podía ser de otro modo, el arte refleja la intimidad entre ambos universos. La figura (fig. 5), por ejemplo, representa una mujer sentada, con una vasija grande en las manos, probablemente un contenedor de cerveza preparada a base de raíz de mandioca que las mujeres masticaban para favorecer su fermentación. Varios detalles



Fig. 5. Figura femenina sosteniendo un recipiente.

sugieren que el personaje es de alta extracción social. El primero de ellos es la deformación que caracterizan los lóbulos de las orejas, en los que se insertaban orejeras de barro o madera; una práctica de embellecimiento corporal compartida por algunas culturas andinas, por ejemplo. Otro signo de alto rango es el porte de una banda tejida en la cabeza, adornada con pequeñas figuras zoomorfas que, probablemente, representan moraquitas: pequeñas figuras talladas en piedras semipreciosas –a menudo en piedra verde translúcida– en forma de sapo o rana.

Los rastros de pintura que se aprecia en el cuerpo de la figura parecen remitir a un contexto iniciático, pues la pintura corporal constituía un elemento esencial de los ritos a los que sometían las mujeres para manifestar su paso a la edad adulta. Dicha práctica de ornamentación corporal –que los hombres, en cambio, realizaban como preparación al combate– posee siglos, por no decir milenios, de antigüedad. Arte efímero por definición, la pintura sobre el cuerpo resulta muy difícil de estudiar por lo que, piezas como ésta, en la que se ha podido reconstruir el patrón de los diseños pintados, constituyen valiosas fuentes de información.

Estos problemas de conservación propios a la ornamentación corporal se extienden a todo tipo de objetos creados con materiales orgánicos, perecederos y frágiles, como



Fig. 6. Cesta adornada con motivos inspirados en el pelaje del jaguar.

flautas, adornos de plumas, esterillas y cestas. Así, un amplio conjunto de la cultura material de las civilizaciones amazónicas se ha perdido para siempre, limitando irremediabilmente la comprensión de su desarrollo.

Culturas del medio Amazonas y la investigación arqueológica

Pese a las dificultades inherentes a la disciplina y al contexto amazónico, la arqueología ha permitido, no obstante, aclarar ciertas incógnitas.

En primer lugar, apunta que las culturas amazónicas no proceden de los Andes, como se pensaba antiguamente, sino que podrían haberse desarrollado en el Medio y Bajo Amazonas mismo, hace diez o quince mil años. Dicha región, por otra parte, alberga la cerámica más antigua de América, realizada hace siete u ocho mil años. Una circunstancia que indica la riqueza de esta zona y la gran capacidad de adaptación a este medio hostil de sus primeros habitantes.

Durante largo tiempo, entre los años 1950' – 1960', se había hablado, sin embargo, de la imposibilidad de alcanzar un alto nivel cultural en el Amazonas debido a la naturaleza frágil del entorno. En efecto, el bosque tropical se concebía entonces como un paraje sumamente vulnerable: una idea que parece confirmar el estado actual de las zonas deforestadas, como algunas tierras cerca de Manaus , donde los suelos lateríticos rojos muestran el peligro que corre el bosque tropical si se suprime la capa vegetal.

Gracias a la arqueología, y en especial a los trabajos recientes de Eduardo Neves, esta visión ha quedado definitivamente superada. Centrándose en el estudio del suelo, Neves ha evidenciado que la ocupación humana se remonta, en esta región, a varios milenios. La riqueza en restos cerámicos y orgánicos de la capa superior del terreno, corrobora, en efecto, la idea de unas culturas amazónicas ancestrales, caracterizadas por un modo de vida sedentario, una organización compleja y un arte refinado. Una realidad en total contradicción con la teoría que prevaleció en la primera mitad del s.XX, según la cual los pueblos amazónicos eran pequeñas sociedades nómadas, sin ningún grado de sofisticación.

Demostrado pues el origen de las culturas amazónicas, la arqueología deberá ahora interrogar los restos de cerámica y demás materiales exhumados para establecer el

proceso de expansión, así como el crecimiento demográfico de los pueblos del Medio Amazonas, a través de toda la Amazonia.

BAJO AMAZONAS - Isla de Marajó

Río abajo, en la boca del Amazonas y en la isla de Marajó, los trabajos de investigación de arqueólogos brasileños y de la americana Anne Rosebelt han permitido evidenciar la existencia de plataformas construidas en tierra, que debieron sostener cientos de viviendas comunales que, en el Bajo Amazonas, se conocen como *malocas*. Dichas construcciones debieron albergar una importante población, repartida en diversos linajes, que desarrolló un arte muy distinto al descrito anteriormente.

En esta región caracterizada por inundaciones anuales e importantes crecidas del río de hasta quince metros, numerosos restos arqueológicos afloran en terrenos privados. Éstos incluyen utensilios de uso diario, como grandes hachas en piedra empleadas para cortar la maleza y convertir el bosque tropical en un medio habitable. Entre dichos hallazgos figuran también útiles -copas, platos y urnas- cuyas singulares formas y finos decorados incisos denotan una preocupación estética. Entre las piezas más bellas de esta producción, conocida como marajoara, destaca una urna –probablemente funeraria– perteneciente al museo Barbier-Mueller de Arte Precolombino de Barcelona (Fig. 7.). Dicha vasija presenta decorados realizados según diferentes técnicas: incisión, modelado, pintura. Por un lado, se aprecia la figura de un reptil –una combinación de lagarto y sapo– que, probablemente, hace referencia al inframundo. Otras urnas, en cambio, poseen decorados con múltiples caras superpuestas –¿imágenes de algún alter ego o alusión a los diferentes niveles de la existencia?– en los que iconografía y función convergen de nuevo.

Complejo y sofisticado, el estilo marajoara se caracteriza por unos diseños fluidos –como el río– y sumamente elaborados, que cubren tanto el exterior como el interior de las piezas. ¿Cómo

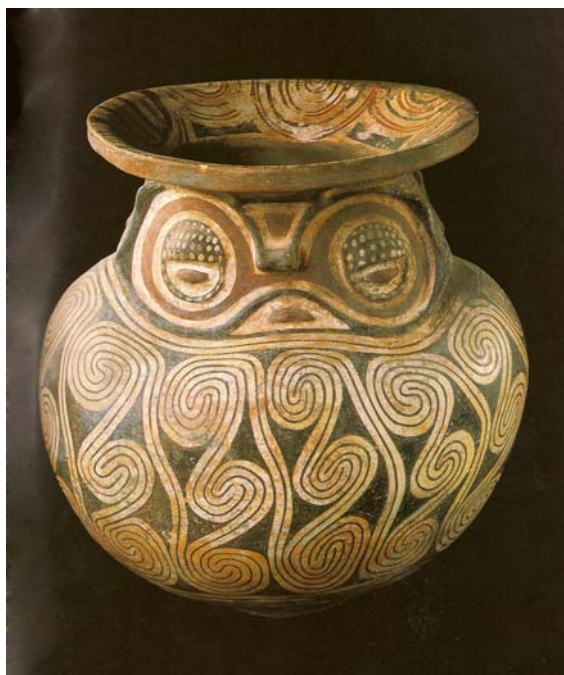


Fig. 7. Urna cuadrilobular de la isla de Marajó.



Fig. 8. Urna policromada con motivos abstractos y figuras.

nació un estilo tan sofisticado? Una posibilidad es que dichos diseños correspondieran originariamente a dibujos pintados o cosidos en ropas de algodón. Según esta hipótesis, los motivos fueron desarrollándose durante generaciones antes de ser fijados en la cerámica: un soporte más perenne que el tejido. Numerosas urnas encerraban en su interior las famosas *tangas* en cerámica; objetos de prestigio que atesoraban las mujeres de alto rango.

La iconografía de las urnas marajoara merece, en este punto, algunos comentarios. Para ello, se tomará como ejemplo la fig. 8, adornada con cuatro figuras enigmáticas representadas en cada costado de la pieza. Las figuras de las caras principales -con la vagina y el abdomen resaltados, y alas en lugar de brazos- podría remitir a la imagen de una anciana, asociada a su vez a la Tierra, o “madre-abuela” según la mitología amazónica. Las representaciones opuestas podrían, a su vez, aludir a la inseminación y a la conclusión de la vida, resaltando así la función de la urna como receptáculo de los huesos del difunto y garante de su vida en el más-allá. Siguiendo esta interpretación, resulta también interesante la pequeña figura antropomorfa modelada en el borde de la urna, con la mano derecha suspendida en el aire y la mano izquierda orientada hacia abajo, en un gesto de mediación.

Las culturas del Bajo Amazonas a la luz de Chavín de Huantar

Situado a varios miles de kilómetros de la isla de Marajó, en las laderas de la cordillera andina, el sitio arqueológico de Chavín de Huantar arroja una particular luz sobre las culturas del Bajo Amazonas. Se trata de un asentamiento con más de dos mil años de antigüedad que, en la actualidad, permanece casi inaccesible, debido a un importante deslizamiento de terreno. Las construcciones que perduran de él denotan un gran

dominio de la arquitectura; prueba de ello son los dos obeliscos en los cuales va a centrarse el discurso.

El primero de ellos, debió encontrarse originalmente en el interior de la construcción según apuntan algunos sociólogos. La estructura madre posee una altura de treinta metros y fue construida con dos tipos de piedra: granito blanco, en la parte izquierda, y granito negro, en la derecha; una circunstancia que parece sugerir dos fuerzas de organización del espacio opuestas. El obelisco, en cambio, es de dimensiones más reducidas, entre tres y cuatro metros. Concebido simbólicamente como un eje del mundo, dicho monumento presenta un dibujo de dos caimanes, con grandes bocas y garras en ambos lados. Dos motivos decorativos: una concha de ostión espinoso, procedente –probablemente– de la costa Pacífica de Ecuador, y unas plantas que crecen bajo la tierra, remiten simbólicamente al inframundo. En otra cara del obelisco se aprecia otra imagen del caimán del cielo, con su boca, dentadura y garras, acompañada por un águila harpía que domina el mundo celeste. En el medio, se halla la figura del jaguar, y un símbolo que invita a ver en este centro ceremonial, el centro del universo.

La referencia a este monumento peruano de Chavín resulta pertinente en el contexto del estudio de las culturas amazónicas –de las que, por otra parte, se conoce pocos restos arquitectónicos– ya que tanto el caimán, como las plantas representadas son relevantes en la cosmología amazónica. La idea de una proximidad entre ambas culturas viene, a su vez, reforzada por la iconografía de otro obelisco –o eje del mundo– de Chavín de Huantar. Dicho monumento se encuentra enterrado en una estrecha cámara cruciforme y oscura. La representación de un ser majestuoso e imponente cubre su superficie. Visto de frente, se aprecia la cara de felino de la figura, que conduce al mundo superior. Suerte de guardián del mundo, el personaje alza la mano derecha al tiempo que baja su mano izquierda, adoptando la misma postura que la figura de la urna marajoara descrita anteriormente. Tal vez, pese a que se hallan en entornos completamente diferentes, tanto la urna como el obelisco constituyen una expresión gráfica de la mediación entre el mundo visible y las fuerzas del mundo subterráneo. Asimismo, resulta legítimo apuntar que ambas culturas poseen una cosmología de sustrato común, que establece una relación particular y sugerente con el cosmos, sustentada, a su vez, en la imagen de un eje vertical que une el mundo visible y el universo celestial.

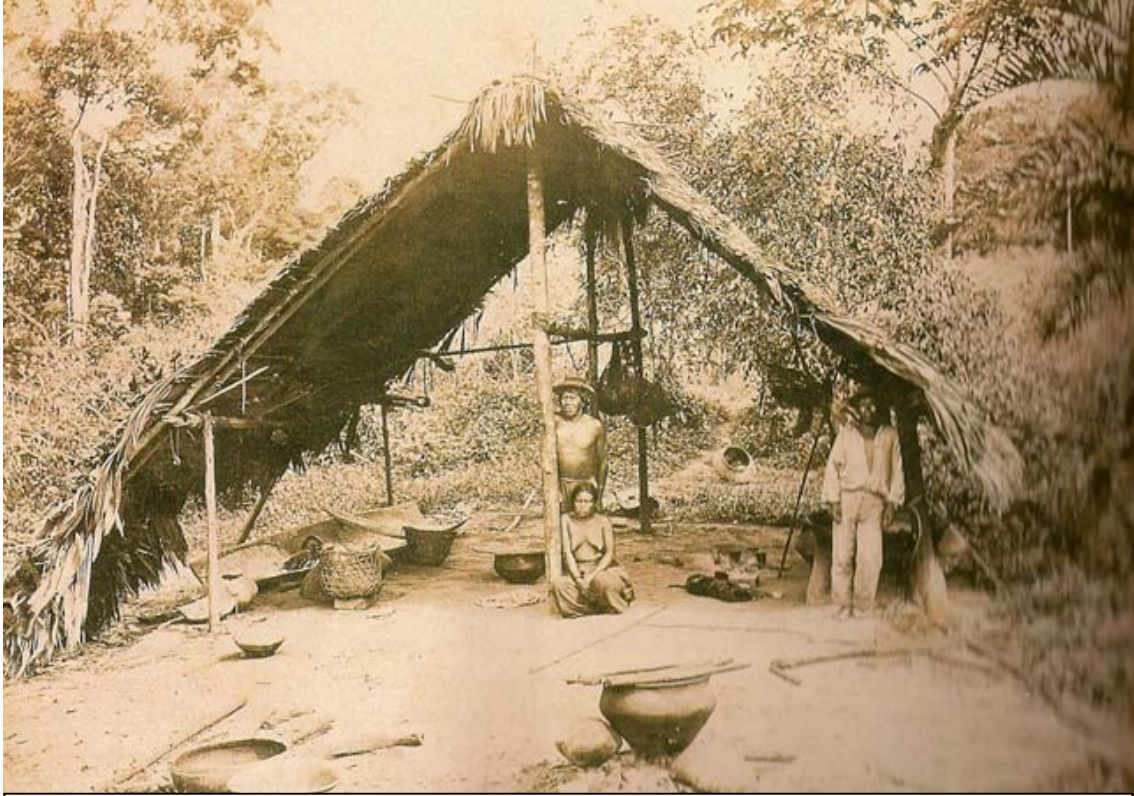


Fig. 9. Vista de una *maloca* en Manaus. Finales del siglo XIX.

Por toda Amazonia, se encuentran petroglifos con caras o figuras enteras en los saltos o chorros de agua de los ríos. Dichos diseños probablemente han de verse como marcas territoriales de etnias y tribus diferentes, que remiten a espíritus ancestrales. Algunos, como los correspondientes al noreste del Amazonas, hacen referencia a un dios solar. Durante la época de lluvias, el río crece, cubriendo este petroglifo y cuando el río mengua, según el ritmo de las estaciones, la figura aparece de nuevo, resaltando la conexión vertical cielo-tierra. Otros objetos subrayan este eje. Entre los pueblos tucanos, por ejemplo, los tambores manifestaban dicho vínculo a través de su uso, pues se empleaban para invocar y comunicar con los espíritus. Casi siempre, eran colocados delante de las *malocas*, o casas comunales. Algunos ejemplares de grandes dimensiones se conservan todavía, permitiendo apreciar sus hermosos diseños pintados en amarillo. Unos motivos que también se encuentran en las ollas destinadas a la preparación de los brevajes alucinógenos que se ingería para acceder al mundo de los espíritus.

Creaciones en piedra, madera, cerámica y demás objetos constituyen, a través de sus formas y adornos, un sofisticado lenguaje simbólico que arroja luz sobre el significado ritual que les atribuyeron los miembros de la comunidad. Más allá de las producciones artísticas, el cuerpo humano también significa esta concepción del universo atravesado



Fig. 10. Urna antropomorfa de inhumación secundaria del Alto Amazonas.

por un eje vertical. La actitud sentada, por ejemplo, indica un momento privilegiado de comunicación con los espíritus: apoyado sobre una banqueta – símbolo por excelencia de este eje vertical– el hombre se halla en la postura idónea para acceder al mundo superior.

Gracias a estos cruces entre antropología, arqueología comparada y excavaciones sistemáticas, piezas como la figura funeraria del Bajo Amazonas conservada en el Museo Barbier-Mueller de Arte Precolombino de Barcelona han podido ser entendidas, sin perder por ello el halo de misterio que envuelve sus sugerentes formas...

Preguntas del público

¿Cuales son las conexiones entre los pueblos del pasado y los que actualmente habitan los territorios amazónicos?

Pienso que existe un gran vacío entre la información que ofrece la arqueología y la realidad actual de las poblaciones que habitan la región -especialmente las zonas del Medio y Bajo Amazonas-, debido al catastrófico descenso demográfico que sufrieron. Resulta, por tanto, difícil establecer directamente la relación entre las tradiciones arqueológicas mencionadas anteriormente y las costumbres de quienes ocupan actualmente el territorio.

No obstante, la idea de un vínculo entre pasado y presente cobra fuerza gracias a algunas investigaciones concretas como, por ejemplo, las que lleva a cabo Eduardo Neves en poblados del Bajo Amazonas. Implicando a las poblaciones autóctonas en su trabajo, Neves ha conseguido que dichas comunidades tomen conciencia de su pasado y establezcan una conexión palpable con una realidad remota de la que sólo perduran restos arqueológicos.

Mi experiencia en la costa de Ecuador, donde llevo años trabajando con una comunidad campesina que perdió su lengua vernácula, también corrobora esta idea de una conexión –consciente o inconsciente- entre realidades pasadas y presentes. Prueba de ello es que el pueblo al que acabo de referirme, pese a haber adoptado por completo el español, mantiene vivas muchas tradiciones ancestrales relacionadas con su entorno natural. Como Neves, también he optado por vivir en el seno de la comunidad e incorporar sus miembros en mi proceso de investigación. Reconozco que no siempre es posible, pero en mi caso el resultado ha sido positivo: después de casi treinta años de trabajo en Aguablanca, ha podido crearse un centro cultural en medio de la población que, además de evidenciar un fuerte sentimiento de orgullo y una aguda conciencia del pasado, constituye un reclamo para el turismo y una fuente notable de ingresos. Rescatando el pasado, se ha logrado crear unos ingresos económicos sobre los que construir un futuro y preservar los hallazgos arqueológicos.

En la mayoría de los casos, sin embargo, los arqueólogos trabajan en lugares alejados de zonas habitadas, por lo que no se da esta implicación de las poblaciones autóctonas. Creo que los investigadores deberían tomar conciencia de la necesidad de

devolver a dichas gentes las claves de su historia, haciendo accesible sus interpretaciones y conocimientos y esforzándose por ligar el pasado con la actualidad. Este trabajo de divulgación resulta, a mi entender, indispensable; y todavía queda mucho por hacer.

¿Existe alguna conexión entre los pueblos ribereños y los pueblos peruanos?

La cuestión es compleja. En primer lugar creo que hay que distinguir entre los pueblos ribereños –conectados entre sí gracias al río– y los pueblos del interior, más aislados. Lo que he intentado sugerir en mi comunicación –breve y esquemática, como resulta siempre una ponencia– es la existencia de una cosmovisión y de una experiencia del entorno similar entre los pueblos de las tierras tropicales de la cuenca del Amazonas. Unas culturas que, por otra parte, no tuvieron necesariamente contactos continuados a lo largo de la historia. Con el transcurso del tiempo, dichos pueblos fueron creciendo y constituyéndose una identidad propia que se manifiesta, por ejemplo, a través de los diferentes estilos artísticos que surgieron. Es posible aventurar que esta formación de identidades fuertes originara una fuerte competencia entre las etnias.

Las conexiones entre Brasil y Perú existieron en el pasado: es notorio, por ejemplo, el intercambio de productos tan valiosos y preciados como la coca. La distribución de las hojas de coca se llevaba a cabo desde Bolivia, en el sur, pasando por Colombia hasta llegar al noroeste del Amazonas. A su vez, el consumo de coca conllevó otro tipo de comercio: el de la cal necesaria para la masticación de las hojas. Aunque existían diversas fuentes de cal –minerales o cenizas de ciertos árboles–, la más buscada era la que se encontraba en las conchas y caracolas del mar. Estos intercambios comerciales bastan en sí para afirmar que existieron fuertes conexiones entre el mundo andino y las culturas amazónicas.

¿Qué nivel de implicación manifiestan las instituciones en esta recuperación del patrimonio histórico y en esta concienciación social que se ha mencionado? ¿Qué papel juegan en las campañas arqueológicas y en la difusión del conocimiento?

Un papel siempre insuficiente, por no decir inadecuado... La comunidad de arqueólogos profesionales es bastante escasa en Brasil. Por otra parte, resulta difícil convencer a las autoridades del carácter prioritario de la investigación arqueológica. Mi experiencia en Aguablanca, Ecuador, es un claro ejemplo de ello. El lugar donde me encontraba trabajando fue declarado Parque Nacional de interés botánico: las autoridades quisieron

desplazar la comunidad entera hacia el Amazonas por tratarse, supuestamente, de un terreno protegido...

En este contexto, creo que los arqueólogos deben tomar la iniciativa y asumir el compromiso de luchar por valorar las comunidades indígenas y atraer la colaboración del estado. Yo llevé, por ejemplo, a los miembros de la comunidad de Aguablanca y a todo mi equipo a conferencias, tanto en Ecuador como fuera del país, para que pudieran compartir su experiencia y nutrirse de la de los demás; tomamos la iniciativa de organizar encuentros culturales en nuestra propia comunidad e invitamos a personas de otros poblados a conocer nuestras actividades. A fin de cuentas, no se trata tanto de una cuestión de recursos, sino de conciencia social y responsabilidad.